

delicioso pueda concebirse; eternidad de infierno, con todo lo que hay de más espantoso. Hacia uno de estos dos términos me voy acercando continuamente: forzosamente he de caer en una de estas dos eternidades: *In hanc vel illam æternitatem cadeam necesse est* (1).

No hay término medio: si no consigo la corona de gloria reservada á los buenos sacerdotes, no podré evitar el eterno baldón de los malvados; ó siempre cerca de Dios contemplando su bondad y gozando cual fiel ministro de su misma gloria y felicidad, ó para siempre separado de Dios por un caos insondable, entregado á los tormentos más terribles, á las angustias más amargas, á la más rabiosa desesperación. O siempre entre los ángeles y santos para cantar las glorias de Dios y el himno de mi triunfo, ó siempre entre los demonios y condenados vomitando blasfemias y maldiciones!

Dios mío ¿cuál de estas dos eternidades me está reservada? No lo sé; sin embargo, sé que no disto de ellas más que un paso. *Sto ad littus æternitatis*. Una apoplejía fulminante, una tos, una emorragia..... hé aquí lo que puede lanzarme de repente en la eternidad.....

Pero yo sé además que estoy expuesto á perder la eternidad de los sacerdotes santos, y á caer en la de los réprobos. ¡Oh alma mía! ¿no te parece razonable y justo que á este tan importante asunto dediques de hoy en adelante todos tus cuidados y solicitudes aun á costa de toda clase de sacrificios? ¡Oh eternidad, exclama San Agustín, el que en tí medita y no se enmienda, ó no tiene fe, ó no tiene corazón! ¡Dios mío! hé aquí mi ocupación en lo porvenir: lavar con mis lágrimas las culpas pasadas, y mediante la práctica de santas obras, irme labrando una bienaventurada eternidad: *Cogitavi dies antiquos: et annos æternos in mente habui* (2).

(1) San Ambrosio. *in Ps.* 108.  
(2) *Ps.* LXXVI, 6.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Hay una eternidad.* La razón me demuestra la inmortalidad de mi alma, y la revelación con la más clara evidencia me enseña la resurrección de mi cuerpo y la futura eternidad de todo mi sér: después de la sentencia del juicio final, *los réprobos irán al suplicio eterno y los justos á la vida eterna.* Sí, Dios mío, yo creo firmemente que después de esta vida, en la cual todo pasa, he de entrar en la eternidad en la cual nada pasa.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué es la eternidad?* Con relación á nosotros es una duración sin término que nadie puede medir: es una situación siempre fija, que nadie puede variar. Duración sin término: cualquier número que se le añada no la aumenta; cualquier cantidad que se le quite no la abrevia. ¡Siempre! ¡jamás! hé aquí las palabras más á propósito para expresar la duración de la eternidad. Situación invariable; lo que yo sea al empezar la eternidad, eso seré siempre; pero ¿qué seré yo?

PUNTO TERCERO.—*¿Cuál será mi eternidad?* Todos los hombres en el otro mundo se dividirán en dos eternidades; la de las recompensas y la de los castigos; en la primera se hallarán todas las delicias, todos los consuelos..... en la segunda todos los sufrimientos, todos los desprecios, todas las desesperaciones. ¿Cuál será la mía? Lo ignoro. Lo que bien sé es que no hay más que un paso entre mi vida y la eternidad. ¡Oh siempre! ¡oh jamás! ¡oh cielo! ¡oh infierno!

#### MEDITACIÓN XXIV

*De qué depende mi eternidad*

- I. De mi vida.
- II. De mi vida tan breve.
- III. Tal vez de un solo momento.

#### PUNTO I

*Mi eternidad depende de mi vida*

Está escrito que el soberano Juez: *Reddet unicui-*

que secundum opera ejus (1); y además que el hombre al ser juzgado, *quæ seminaverit homo hæc et metet* (2). Nuestras acciones, buenas ó malas, añade San Bernardo, son como semilla para la eternidad. Al momento de sembrarlas desaparecen; mas á la hora de la muerte se adhieren á nosotros de tal manera que nada podrá separarnos de ellas. Un pensamiento que cruce por mi mente, una palabra que salga de mis labios, una acción por instantánea que sea, todo va á abismarse sucesivamente en el océano inmenso de la eternidad, para adquirir allí una estabilidad que resistirá á todos los siglos.

Por lo tanto, si cedo á una tentación es para la eternidad. ¿Rezo, doy limosna? Es para la eternidad. Aquel pecado cuyo deleite desapareció con la presteza del relámpago, si no lo borro con la penitencia, estará para siempre clavado en mi alma, atormentándola á guisa de buitre que devora la presa. Por el contrario, esta obra de justicia, de religión, de caridad, me alcanza eternos placeres, si no cometo la locura de despojarme de ella por algún nuevo crimen.

De este modo mediante la gracia que me previene, me asiste y me sostiene, yo soy realmente el dueño y el árbitro de mi suerte eterna..... ¡Qué motivo de temor y de esperanza al mismo tiempo! Motivo de temor, porque si juzgo mi porvenir por lo pasado, por mis imprudencias y debilidades, debo confesar que un asunto tan trascendental está muy mal parado en mis manos. Sí, bien lo veo, oh Dios mío, que mi eternidad peligra; mas, puesto que Vos os dignáis hacerme un nuevo llamamiento y ofrecerme los medios para reparar mi vida pasada, á nadie más le importa que á mí el asegurarme una eternidad feliz. Bástame quererlo, y esta vez me parece que lo quiero de verdad.

(1) Matth., XVI, 27.

(2) Galat., VI, 8.

## PUNTO II

MI ETERNIDAD DEPENDE DE MI VIDA TAN CORTA

¿Qué es el tiempo comparado con la eternidad? Vos, Señor, habéis puesto medidas á mis días y mi sér nada es en vuestra presencia (1). ¿Cómo se ha de llamar una duración que fenece y pasa como un sueño, si se coteja con lo que no tiene término? Apreciamos demasiado la vida presente para poder juzgar de su brevedad. Es menester mirarla á través de algunos millones de siglos en una de las dos eternidades. ¿Qué nos parecerá entonces?..... Pues hoy es lo que nos parecerá entonces..... ¡Ah! No cabe duda que después de haber permanecido durante tanto tiempo en el Cielo ó en el infierno, ni siquiera nos acordaríamos de haber vivido en este mundo, si la misma eternidad y lo que allí experimentaremos no nos recordaran que hemos vivido y que fué precisamente en esta vida, que se deslizó tan velozmente, donde decidimos de nuestra suerte eterna.

Si ahora preguntáramos á San Pablo, á San Francisco Javier y á San Ignacio qué opinan de las penas y fatigas que hubieron de sufrir durante su carrera mortal y en sus trabajos apostólicos, con la mayor convicción responderían: *Momentaneum et leve tribulationis nostræ supra modum in sublimitate æternæ gloriæ pondus operatur in nobis* (2). *Videte oculis vestris, quia modicum laboravi, et inveni mihi multam requiem* (3). Y los condenados ¿qué pensarán entonces del tiempo que deberían haber empleado para el Cielo, y malgastaron en procurarse una amargura inconsolable, un fuego inextinguible, un infierno eterno? Oidlos: *Transierunt omnia illa tamquam umbra, et*

(1) *Ecce mensurabiles posuisti dies meos; et substantia mea tamquam nihilum ante te.* (Ps. XXXVIII, 6.)

(2) II, Cor., IV, 17.

(3) Eccli., LI, 35.

*tamquam nuntius percurrentis; et tamquam navis que pertransit fluctuatem aquam.... Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt* (1).

¡Desgraciados! ¡Demasiado tarde es para reflexiones! ¡Ah, si las hubieran hecho antes de ahora!... Por ellas comprendo yo toda la verdad de esta sentencia: *Tempus breve est* (2). ¡Cuán precioso me parece este tiempo que tan rápidamente pasa cuando pienso en la eternidad!

### PUNTO III

Mi eternidad depende tal vez de un solo instante de mi vida

La gracia tiene sus momentos: *tempus stellæ*. El resplandor de una estrella brilla y desaparece. Dios también se acerca y se retira, habla y calla; como dueño de sus dones les pone y establece las condiciones que más le placen. El plan ordinario de su providencia es que las gracias más especiales y de predilección sean la recompensa de la fidelidad á una primera gracia, y el que á ésta quede sordo, se hace indigno de nuevos beneficios. ¡Un solo momento de correspondencia á la gracia puede elevarnos á una santidad muy sublime y aumentar de muchos grados nuestra bienaventuranza, al paso que por un sólo instante que la despreciemos, podemos precipitarnos en lo más profundo de los abismos!...

Abraham será bendecido eternamente por haber sido obediente al mandato de Dios que le exigía sacrificase á su hijo Isaac: *Quia fecisti hanc rem* (3). Saúl será eternamente maldito, porque no obedeció á la voz del Señor: *Quia non obedisti voci Domini* (4). ¿Qué sería hoy de David, de San Pedro y de Santa María Magdalena.... si hubiesen despreciado el momento de la gracia que fué el de su salvación? ¡Cuán feliz hubiera sido Jerusalén á pesar de

(1) Sap., V, 9, 10, 14.

(2) I Cor., VII, 29.

(3) Gen., XXII, 16.

(4) I Reg., XXVIII, 18.

su pasada protervia si, deponiendo su pertinacia, hubiera conocido por fin el instante propicio de su salvación, y aprovechado del último día que Dios le concedió! ¡Aquel era su día!.... *In hac die tua* (1). Mas la obstinada ciudad resiste aún á los movimientos de la gracia, á las amorosas invitaciones de la misericordia, y desprecia el momento decisivo de su salvación. ¡Desdichada! De aquí procederá su ceguera y sus desventuras: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.... et non relinquent in te lapidem super lapidem: eo quod non cognoveritis tempus visitationis* (2). Una inspiración desatendida puede tener como consecuencia un infierno eterno, del mismo modo que un paso hacia Dios puede ser el preludio de una eternidad dichosísima. *O momentum a quo pendet æternitas!*

¡Ah Señor, estoy dispuesto á escuchar vuestra voz á cualquier hora que me llame, á cualquier sacrificio que me exija, y no quiero por más tiempo tener endurecido mi corazón (3). Pero ¿qué digo? ya he oído y estoy oyendo aún esa voz tremenda que repercutiendo hasta en lo más recóndito de mi alma, me repite á cada paso: ¡eternidad! ¡eternidad! ¡Ah, cómo se evaporan y desaparecen frente á la eternidad las pequeñeces de la tierra! Esas pequeñeces que busca la pasión como pábulo de su alegría ó que me llenan de tristeza!... No, Dios mío, ya no ansío otro objeto de alegría en esta vida sino el que me acerque á la eternidad feliz, y me aleje de la desgraciada: no quiero otra tristeza sino la que experimento al verme expuesto á ofenderos, y por lo mismo á separarme de Vos por toda la eternidad.

Pero Vos, Jesús mío, que sois el rey de la Vida eterna nos la prometisteis en vuestro Evangelio; nos la merecisteis con vuestra muerte y nos disteis prenda segura de ella en la Mesa eucarística: *Qui*

(1) Luc., XIX, 42.

(2) Luc., XIX, 42, 44.

(3) *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (Ps. XCIV, 8).

*manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam* (1).

No cabe duda pues, que nutriéndome Vos con el Pan de los escogidos, también habéis de querer hacerme participe con ellos de vuestra gloria y de vuestra eterna felicidad.... ¡Oh, venid, venid, á tomar posesión de mi alma y de todo mi sér; venid y estableced conmigo tan estrecha alianza que nada ni nadie pueda ya romperla en lo sucesivo! Venid y colocadme en el número de aquellos santos sacerdotes cuya conversación está en los Cielos, y que, despreciando las cosas pasajeras de esta tierra, jamás apartan sus ojos de los bienes eternos: *Qui stant super præsentia, et speculantur æterna, qui transitoria sinistro intuentur oculo et dextro cælestia* (2). Venid, Jesús mío, para defender y guardar mi alma para la vida eterna. *Corpus Domini nostri Jesu Christi.... Sanguis, Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam æternam.*

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Mi eternidad depende de mi vida.* Nada hay más cierto: «cada uno recibirá según sus obras y recogerá lo que sembrare»; nuestras acciones buenas ó malas son semillas para la eternidad. Yo soy pues, el dueño de mi eternidad de la misma manera que lo soy de mis obras. De aquí sacaré motivos de temor al recordar mis imprudencias y debilidades pasadas; sacaré también motivos de esperanza, puesto que á mí y á nadie más que á mí incumbe asegurar mi dicha eterna.

PUNTO SEGUNDO.—*Mi eternidad depende de mi vida que es tan corta.* ¿Qué es el tiempo comparado con los años eternos? Una duración que tiene término ó que más bien se desvanece como una sombra; nada es comparado con una duración sin término. ¿Qué pensarán acerca de esto presente-mente los bienaventurados? ¿qué pensarán los réprobos?

PUNTO TERCERO.—*Mi eternidad acaso dependa de un solo*

(1) Joan., VI, 55.

(2) Imit., Lib. III, c. 38.

*instante de mi vida.* La gracia tiene sus momentos. Dios que es dueño absoluto de sus dones, los puede ligar y ordenar á las condiciones que mejor le plazcan.

¡Qué santidad y cuántos bienes puedo recabar de un momento de gracia aprovechado! Pero, no es menos cierto que un momento de gracia descuidado puede precipitarme en lo más profundo de los abismos. Una inspiración rechazada puede ser causa de un infierno eterno, á la par que un movimiento hacia Dios puede ser el principio de una eternidad bienaventurada.

#### MEDITACIÓN XXV

*Frutos de santificación que produce el pensamiento de la eternidad*

- I. Prudencia en las deliberaciones.
- II. Valor en las pruebas.
- III. Fervor en la práctica del bien.

#### PUNTO I

*El pensamiento de la eternidad nos enseña á deliberar con rectitud*

La más ligera aflicción y el dolor más leve llegan á ser insufribles si son eternos; al contrario, un mediano placer, la más pequeña satisfacción revisten un inmenso valor si duran eternamente. ¿Qué será pues, el conjunto de todos los dolores más agudos é insufribles.... ¿qué la reunión de todos los goces y alegrías más exquisitos.... si unos y otros son eternos? Es imposible meditar seriamente esta verdad y no adoptar por norma de conducta la sabia máxima de San Gregorio: *Nulla major securitas, ubi periclitatur æternitas.* No hay seguridad bastante, ni precaución suficiente cuando se trata de una eternidad sumamente feliz ó sumamente desdichada.

A esta máxima ajustaron su vida los santos, siguiendo el consejo del Apóstol que nos exhorta á

medirnos á nosotros mismos: *Nosmetipsos metientes*. Intimamente convencidos de que habian nacido para la eternidad, nada encontraban que pudiese llenar sus aspiraciones en este mundo, donde todo es mezquino y perecedero. Por esto muchos jóvenes obraban con una sabiduría superior á la de los ancianos. Santa Teresa, siendo aún niña, se decía á sí misma: «¡O eternamente feliz, ó eternamente condenada!.... ¡Elige, Teresa!» San Estanislao de Kostka en la flor de sus años desprecia el mundo para darse todo á Dios y, á los que se sorprendían por su resolución, contestaba: *Non sum natus presentibus, sed futuris*. San Luis Gonzaga se hacia á menudo esta pregunta: *Quid hoc ad aeternitatem?* Parece que en ella se encierran dos reglas de una maravillosa prudencia: la primera consiste en buscar los medios para llegar al fin: la segunda en saber siempre elegir rectamente, á saber: entre dos males el menor y entre dos bienes el mayor.

1.º Si de veras deseo asegurarme la eternidad de los elegidos y evitar la de los condenados, menester es que considere todas las cosas con relación á este último fin: *Quid hoc ad aeternitatem?* ¿Cuáles son los obstáculos que me impiden llegar á la eternidad dichosa? ¿cuáles son los medios? Entre éstos ¿cuáles son los más seguros? De los obstáculos ¿cuáles son los más graves? Yo no busco ni quiero sino lo que me lleve al conseguimiento de mi fin, ni desprecio sino lo que de él puede alejarme. Siendo así ¿he de permanecer entre el fausto y los peligros del mundo? ¿Acaso no sería mejor abandonarlo? *Quid hoc ad aeternitatem?* Riqueza ó pobreza, vida regalada ó penitente, honras ó desprecios.... *Quid hoc ad aeternitatem?*

2.º Cotejando pues, duración con duración, los bienes y los males de esta vida con los bienes y los males de la eternidad, he de optar por lo que me ofrece mayor cantidad de bienes y menor número de males. ¿Puede haber cosa más racional?.... ¡Renunciar á los goces eternos para lanzarse en un abismo de suplicios sin límites por un deleite de

un momento, será una verdadera ceguedad, una locura!.... *Heu, quanta insania pro exiguis et brevi tempore duraturis deliciis, aeternas amittere delicias, et cruciatus subire sempiternos!* (1). ¡Oh, es indudable que el pensamiento de la eternidad derrama sobre mi alma abundante luz y le comunica á la vez resolución y fuerza.

## PUNTO II

El pensamiento de la eternidad nos sostiene en las pruebas y nos hace invencibles

Dos son las armas que contra nosotros esgrime el enemigo: el placer y el dolor. No cabe duda que si pecamos y arriesgamos de este modo nuestra salvación eterna, no es sino para procurarnos alguna satisfacción ó para evitar algún disgusto.

¿Qué hace pues, el pensamiento de la eternidad? Contrapone placer á placer, sufrimiento á sufrimiento, duración á duración. *Quidquid aeternum non est, nihil est*: hé aquí otra máxima de San Luis Gonzaga. Él la aplicaba á los sacrificios que exige la virtud y á los placeres que promete el pecado. A la consideración de un bien que durará siempre, pierde para mí todo su falaz atractivo una satisfacción de breves instantes. Con este pensamiento los Santos alcanzaron mil victorias contra las seducciones de los sentidos que los querían arrastrar al pecado. Se decían á sí mismos: *Momentaneum quod delectat, aeternum quod cruciat*.

No hay tentación por violenta que sea, que no ceda y se rinda á la saludable eficacia de este pensamiento: una satisfacción instantánea, un momento de locura más bien que de placer ¿y después.... ¡llorar desesperadamente por toda la eternidad! ¡Oh eternidad! ¡oh momento! que haciéndome volver á la razón, devolvéis también la virtud á mi alma abatida y ciega. Y ¿quién sostuvo en los combates á los justos del antiguo y nuevo Testamento? ¡Ah, es

(1) San Jerónimo.

que su esperanza estaba llena de inmortalidad! *Spes illorum immortalitate plena est.*(1). Los mártires abrazaban á sus verdugos en el mismo instante de entregarles sus miembros para que los atormentaran con todo linaje de crueldades. ¿De dónde les venía tanto valor? De este pensamiento corroborado además por la peculiar asistencia de Jesucristo que luchaba en ellos. Yo sufro, es verdad, se decían á sí mismos, pero pronto terminará mi martirio y, mediante este sufrimiento, me libraré de un suplicio eterno. Aunque mis sufrimientos se alargaran por semanas y años, por toda mi vida, todo esto no es más que un momento después del cual entraré en una eternidad de goces y delicias inefables: *Momentaneum quod cruciat, æternum quod delectat.*

La vida de un buen sacerdote es un martirio prolongado. Siervo al mismo tiempo que pastor hasta de la última de sus ovejitas, debe ser todo para todos, ignorantes ó sabios, justos ó pecadores; para todos y á cada instante debe sacrificarse. Si él pues, no mirara más que lo presente, le parecería tan abrumadora su carga que le arrancaría lágrimas y le llenaría de desaliento; mas reflexionando en el contrapeso de la gloria eterna que le está reservada, olvida lo que ve, para no fijar sus miradas sino en su futura eternidad: *Non contemplantibus nobis quæ videntur, sed quæ non videntur. Quæ enim videntur, temporalia sunt: quæ autem non videntur, æterna sunt* (2). Lleno pues, de consuelo en medio de los más acerbos sufrimientos, exclamará con San Pablo: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (3).

Y siendo así que no cabe comparación entre las penas de esta vida y las alegrías futuras, repetirá con el mismo Apóstol: *Non sunt condignæ passionibus hujus temporis ad futuram gloriam* (4).

Bebiendo una gota tras otra, dice San Bernado

- (1) Sap., III, 4.
- (2) II Cor., IV, 18.
- (3) II Cor., VII, 4.
- (4) Rom., VIII, 18.

apuramos la copa de las penas.....pero la recompensa nos inundará como un río de paz y dulzura cuyas vivificadoras aguas nunca se agotarán.

### PUNTO III

El pensamiento de la eternidad nos anima en la práctica del bien

El fervor y el celo será mayor en el corazón del sacerdote que más á menudo piense en su suerte eterna; por manera que el avariento no es tan solícito en amontonar riquezas cuanto el hombre de fe viva en aumentar el tesoro de sus méritos. Seguro de que hallará en la eternidad todo el bien que practicare en la tierra, se excita á ello con esta consideración poderosísima: *Non diu hic laborabis..... Fideliter labora..... Scribe, lege, canta, geme, tace, ora, sustine viriliter contraria, digna est his omnibus, et majoribus præliis, vita æterna..... Non est parvum quid perdere, aut lucrare regnum Dei!* (1).

El que no trabaja por su felicidad eterna, trabaja casi siempre por su eterna condenación. Y aun cuando no se tratase de asegurar su salvación, el buen sacerdote no olvida que toda obra buena que practicare, aumentará su gloria y su felicidad en los siglos eternos. La piedad con que reza el breviario, la visita á los enfermos, la instrucción que da á los niños, la paciencia con que soporta á aquel pecador, harán que vea á Dios por toda la eternidad con mayor claridad, y le posea con más plenitud de gozo..... Recuerda además que «la noche se acerca y que entonces ya no será posible obrar el bien» (2). Y se amonesta y dice á sí mismo: «Ea pues, alma mía, practica el bien mientras tienes tiempo» (3). «Quien sembrare poco recogerá poco: y quien siembra mucho, mucho recogerá» (4).

- (1) Imit. lib. III, c. 47.
- (2) Joan., IX, 4.
- (3) Gál., VI, 10.
- (4) II Cor., IX, 6.

Preparándoos para decir Misa, disponeos á cumplir tan santa acción como si fuera el principio solemne de una vida más perfecta, y tened por cierto que vuestro fervor no se entibiará nunca si os mantenéis fiel á las siguientes resoluciones: 1.º Ante todo, nunca perdáis de vista las dos eternidades. 2.º Acompañad vuestras acciones con el pensamiento de que sus consecuencias serán eternas. 3.º No olvidéis que todo lo que digáis ó sacrificéis por vuestra eternidad, lo depositáis en las manos de Dios y de El recibiréis el céntuplo en la feliz eternidad. 4.º Por último, al dar la hora, á la vista de un reloj, acordaos que todas las horas, todos los minutos que se suceden, son otros tantos pasos que dais hacia la eternidad.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El pensamiento de la eternidad es una luz que nos dirige con seguridad. ¿Qué llegará á ser el conjunto de todos los tormentos y qué la reunión de todas las felicidades si ambos son eternos? Tratándose de la eternidad dice San Gregorio, nunca están demás las precauciones, porque nunca llegaremos á tener bastante seguridad. Esta máxima la han practicado todos los santos.*

PUNTO SEGUNDO.—*El pensamiento de la eternidad es una fuerza que nos sostiene. Cotejando placer con placer, sufrimiento con sufrimiento; comparando los bienes eternos con los caducos y perecederos, ¡ah, éstos pierden para mí todos sus atractivos! Bien necio sería si me dejara abatir por un sufrimiento de pocos instantes á trueque de sufrir luego los tormentos eternos. «Todo lo que no es eterno nada es, y en nada debe estimarse:» hé aquí la respuesta que he de dar á los halagos del vicio y á los obstáculos de la virtud.*

PUNTO TERCERO.—*El pensamiento de la eternidad nos anima en la práctica del bien. Sabiendo que encontraré luego en la eternidad los frutos de mis buenas obras, y por otra parte, ignorando cuándo entraré en ella, me he de animar de continuo con esta consideración: valor, alma mía, no te olvides que estás trabajando para la eternidad.*

En recompensa de este acto de caridad, de humildad, yo veré á Dios más claramente y le poseeré con mayor fruición por toda la eternidad.

La noche se acerca; trabajemos pues, para multiplicar nuestros méritos mientras tenemos tiempo.

#### MEDITACIÓN XXVI

*La santa Misa es el medio más eficaz concedido al sacerdote para santificarse*

Con frecuencia se nos ha dicho: sed santos para poder de este modo ofrecer dignamente el divino Sacrificio. Procurad igualmente, celebrar la santa Misa con el mayor fervor para llegar así segura y prontamente á la perfección que Dios con derecho os exige. Consideremos pues, hoy el altar como una escuela en la que Jesús nos da con su ejemplo las más útiles lecciones: mañana ponderaremos los auxilios prodigiosos que para tan alto ministerio nos suministra.

Para el simple fiel la santidad se reduce á dos cosas, á saber: vivir y morir; esto es, despojarse del hombre viejo para revestirse del nuevo (1). El sacerdote además de esto ha de comunicar á las almas esa vida sobrenatural y divina que Jesús le ha conferido. Luego santificarse él equivale á *morir, vivir y vivificar*; tres grados de perfección sacerdotal cuyo modelo más acabado es el Hijo de Dios sacrificado por nuestro ministerio sobre el altar donde nos enseña:

- 1.º A morir al mundo y á nosotros mismos.
- 2.º A vivir una vida eminentemente santa.
- 3.º A vivificar al prójimo con nuestro celo.

(1) *Expoliantes vos veterem hominem, et induentes novum.* (Coloss., III, 9, 10).